

PROTESTA DEL AUTOR.

En cumplimiento de los decretos de Urbano VIII, de 13 de Marzo de 1625 y de 8 de Junio de 1634, protesto y declaro que á los milagros, revelaciones particulares y demás gracias de que se hace mérito en este libro, no intento prestar, ni que otros presten, más que una fe puramente humana, sometiéndome desde luego en esto y en todo al juicio de la santa Iglesia Católica, Apostólica, Romana.

CAPÍTULO I.

ORIGEN DE LA PORTENTOSA IMAGEN DE LA MADRE SANTÍSIMA DE LA LUZ.

Es esta Imagen venerable una de las más preciosas en la católica región del Anáhuac, después de la sobrenatural Imagen de la Santísima Virgen María de Guadalupe, que con tan tierna devoción veneramos en el histórico santuario del Tepeyac, donde se dignó aparecerse llena de gloria al venturoso neófito Juan Diego.

La amorosa piedad, con que en toda la República Mexicana, y especialmente en la religiosa ciudad de León, es venerada la sagrada Imagen de la Madre Santísima de la Luz, ha inspirado á sus devotos, conceptos y epitetos bellísimos, contenidos en una hojita titulada *«Diez minutos en presencia de la Madre Santísima de la Luz.»* Han sido para mí alguna vez ante aquella Imagen preciosísima, de mucho aliento y de suavísimo consuelo:

y no puedo resistir al deseo de ofrecer algunos de ellos siquiera, á la fervorosa consideración de mis lectores, antes de consignar en este librito mis humildes apuntes acerca de tan venerable Imagen.

I

Invocación.

«¡Oh Madre Santísima de la Luz! ¿Quién te dió un título tan sublime? ¿Quién te llamó con un nombre tan dulce? ¿Quién pudo compendiar así tus privilegios y tus glorias . . . ? ¡Ah! ¡Benditos esos tus labios, que nos enseñaron á pronunciar un nombre tan adecuado á tu grandeza, tan superior á cuanto puede decirte toda criatura!

«Es verdad, Señora, que nuestro corazón palpita gozoso cuando te contemplamos como la graciosa Eva que nos ha dado á gustar el fruto de la vida; como la incorruptible Arca en donde se salvó del diluvio la dichosa familia de los predestinados; como el brillante Arco-iris que nos ha anunciado la paz del cielo; como la espléndida Estrella que ha disipado nuestras tinieblas; como la risueña y dorada Aurora del suspirado día de la gracia. Pero no, no queda satisfecho con esto el deseo que tenemos de alabarte; porque eres todavía incomparablemente más hermosa, más digna, más elevada, más excelsa. En vano apuramos nuestro pobre lenguaje para llamarte Cielo animado, en donde resplandecen, como estrellas sin ocaso, todas las

virtudes; Luna apacible y bella, que ilumina por todo el mundo los fulgores de la santidad; Paraíso de delicias, en donde está plantado el árbol de la vida; Huerto cerrado, de eterna primavera é inmarcesibles flores; Fuente sellada, serena y cristalina, que jamás ha sido enturbiada por el polvo ni azotada por el viento; Lirio de extremada blancura, bañado siempre del rocío de la gracia; Rosa fresca y lozana, que no ha perdido su primer aroma; oloroso Nardo, que perfumó los cielos y la tierra; inocente Corderita de vellón de nieve, que alimentó con su leche virginal al Cordero de Dios, que quita los pecados del mundo; Paloma de la inocencia; amorosa Tortolilla; Milagro de los milagros; la Única, la Inmaculada, la Perfecta, la Incomparable, y la Sin igual en todo lo creado. Ah! todo esto nos encanta, nos llena de júbilo, nos hace rebosar de purísima alegría; mas no se aquietan nuestras aspiraciones, ni se sacia nuestra alma, hasta que te llamamos «*Madre de Dios*,» «*MADRE SANTÍSIMA DE LA LUZ*,»

«Oh nombre más dulce que la miel! ¡más suave que la leche, más regalado que el maná! ¡Oh nombre de melodía gratisima, de irresistible atractivo, de mística y celestial poesía! *Madre Santísima de la Luz!* He aquí el nombre que lo encierra todo, que lo dice todo. . . . Este es el nombre que incesantemente repiten en sus cantares los Angeles, los Arcángeles y los Tronos; este es el nombre con que se recrean las Dominaciones, los Principados

y las Potestades; este es el nombre que en éxtasis altísimo contemplan las Virtudes, los Querubines y Serafines; este es, en fin, el nombre con que el mismo Verbo, Dios de Dios y Luz de Luz, honra á María, cuando, con estupor de los cielos, la llama *Mi Madre* . . . !

«Pero ¿cómo es, ¡Oh Reina y Señora de la grandeza! cómo es que nuestros inmundos labios se atreven á pronunciar un nombre tan sagrado? ¿Cómo es que nuestra alma no queda deslumbrada y ciega con el resplandor de tanta luz? ¡Oh misterio de amor! ¡Oh arcano de misericordia! ¡Oh abismo de felicidad! Escuchad, cielos y tierra, cuán buena es para nosotros María . . . !»

«Sí, Madre nuestra, Dulzura nuestra, Delicia nuestra; mientras los blasfemos herejes crujen sus dientes de furor y rabia, cuando articulamos tu augusto nombre; mientras el demonio cae por tierra, derribado como por un rayo, cuando te llamamos Madre de Dios, y sus huestes infernales se deshacen como el humo cuando te proclamamos la Madre de la Luz; nosotros, los venturosos hijos de la Iglesia católica, sentimos almiarada nuestra lengua, dilatado el corazón, alborozado nuestro pecho, y transportado nuestro espíritu por un sentimiento de filial confianza y de cética complacencia . . . !»

Primera Aparición de María.—Tentativa infructuosa del pintor.

Recorría muchas de las comarcas de Italia, abrasado en fervoroso celo, el P. Juan Antonio Genovesi, de la Compañía de Jesús, y con tiernísimo afecto encomendaba á la Inmaculada Madre de Dios el resultado de sus penosos esfuerzos y el fruto de las apostólicas misiones, en que constantemente le ocupaba su ardiente celo por la salvación de las almas. A sus amorosas ansias no bastaba publicar las gloriosas prerrogativas de María y su maternal ternura para con los hombres; érale necesaria una imagen, en que la celestial Señora apareciese radiante de majestad y de belleza; de nobilísimo continente, sí; pero de suave mirar y de apacible semblante; de modo que, excitando profunda admiración por su aire de célica grandeza, se llevase tras sí los corazones por su amabilidad y su dulzura. Pero imagen tal, como en su alma purísimamente enamorada la concebía el P. Genovesi, ¿dónde se pudiera encontrar...? No por eso desmayó en su empeño el apostólico religioso; porque cuando se trata de la gloria de Dios, no desmaya un corazón que verdaderamente ama. Acarició una y cien veces en su alma este oportunitísimo pensamiento; y al fin, encomendándolo con piadosa insistencia á la Santísima Virgen, ocurrióle que una santa reli-

giosa, cuyas heroicas virtudes y pureza de alma le eran bien conocidas, podría pedir con amorosa constancia á la Inmaculada Madre de Dios se dignase proporcionarle alguna imagen suya, á propósito para que la conquistase corazones. Era la religiosa, en quien pensaba el santo misionero, muy apta para la trascendental empresa que meditaba; favorecida con alguna frecuencia por la Purísima Virgen con encantadoras apariciones y coloquios dulcísimos, bien podía esperarse consiguiese de su celestial Protectora una gracia, que no parecía aventurado suponer contribuyese en gran manera á la salvación de las almas. Acce- dió, pues, á los deseos del P. Genovesi; y puesta en oración, suplicó á la celestial Señora se dignase disponer entre tantos que estaban á su poderoso alcance, algún medio que asegurase al piadoso misionero el cumplimiento de sus ardientes deseos. Esta petición reproducía, muy confiada, una mañana que acababa de comulgar, cuando he aquí que se le acerca la Reina purísima de los ángeles,

1. "Devotio et obsequia erga Deiparam, novo titulo Matris Sanctissimae Luminis, auctore anonymo, qui est P. Joannes Antonius Genovesius, collato studio P. Emmanuelis Aguilerae, duobus tomis comprehensa....—Pavormi, typis Stephani Anati, 1733, 8°.—Devoción y obsequios á la Madre de Dios bajo el nuevo título de Madre Santísima de la Luz, por un autor anónimo, que es el P. Juan Antonio Genovesi....—Palermo, 1733.

La tradujo al castellano el P. Lucas del Rincón.—México, 1737, 8°, dos volúms.

El P. José María Genovesi, S. J., publicó en México en 1737

pero en aspecto fuera de lo común, tan graciosa y amable, que parecía vencerse á sí misma; y tan nueva se le hizo á aquella religiosa la extraordinaria pompa de belleza, de cortejo y de gloria, con que nunca la había visto hasta entonces, que quedó altamente sorprendida. Derramaba el celestial semblante un torrente de luz tan viva, tan copiosa, que en su comparación parecía el Sol una luciérnaga. La iglesia en que apareció estaba entonces tan circundada de excesivos resplandores, que no acertaba á concebir cómo pudiese ser mayor la luz del eterno día allá en el cielo. Pero los rayos de aquel grande abismo de luz no se estancaban en sus ojos, sino que penetraban como reverberados al corazón, donde mudados en llamas de ardentísima caridad, lo liquidaban en un néctar de dulcísimo júbilo, tanto que ella, como náufraga en un mar de contento, no cesaba de contemplar aquel rostro, en que aparecían compendiadas todas las bellezas del paraíso.

Un ejército de serafines que la cercaban volan-

la obra: *Antídoto contra todomal*, teniendo á la vista la obra del P. Juan Antonio Genovesi.

El P. Manuel Aguilera, S. J., natural de Alicante, en Sicilia, publicó: *La divozione di Maria Madre Santissima del Lume, distribuita in tre parti, e dedicata... da un Sacerdote della Compagnia di Gesù*. In Palermo, per Stefano Amato, 1733, 12^o, 2 vol.

(Bibliothèque de la Compagnie de Jésus. Nouvelle édition par Charles Sommervogel, S. J.—MDCCCXC, t. I, pág. 87, núm. 11).

do, sostenían sobre la cabeza de su Reina Purísima una triplicada diadema imperial. Engalanaba el virginal cuerpo de la Señora un vestido talar, más lícido que el Sol, y más blanco que la nieve. Una faja granizada de piedras las más preciosas del tesoro de las estrellas le ceñía de una manera primorosa el talle, y de los hombros pendía con inimitable gracia un manto azul: un escuadrón innumerable de ángeles en actitud respetuosa, como lucidos cortesanos, asistían adornados con pomposa gala en torno de su Inmaculada Reina. Sobre todo, robaban las miradas y el corazón de aquella santa religiosa que tales maravillas contemplaba, la extraordinaria afabilidad, benignidad y gracia que respiraba el augusto semblante de María, la cual en aquel día, más que nunca, parecía hacer gala de mostrarse amable, risueña, toda complacencia, toda amor. Crecía la admiración de la religiosa, al ver que la celestial Señora no se aparecía sola, como otras veces, sino llevando en su brazo izquierdo á su divino Hijo en forma de niño hermosísimo y manifestándose como su Purísima Madre, risueño y alegre.

Atónita, y como fuera de sí con tan nueva y extraña visión, y al verse mucho más favorecida que las demás veces en que no solía aparecérsese el Niño Jesús; no pudiendo contener sus afectos de profunda admiración ni la avenida de dulcísimas lágrimas, en que se sentía como anegada: «¿Cómo, la dijo, cómo á mí, indignísima criatura, tan singula-

res y subímes gracias? Y ¿por qué, oh soberana Señora, por qué me honráis con vuestra presencia en aparato tan extraordinario de belleza, de afabilidad y de tales esplendores? Y ¿por qué añadís al placer de dejarme contemplar vuestro celestial semblante, el júbilo mayor y más vivo de mostrarme a vuestro divino Hijo, que resplandece en vuestro virginal regazo, y con excesiva dignación me conceda á esperar de El y de vos algún favor insigne?"

— "Pues ¡que!, replicó la Santísima Virgen, ¿no te acuerdas de la instancia que debes hacerme de parte de aquel religioso, que con tanto empeño te lo rogó? Pláceme el atenderle, y por eso he venido aquí con tanta abundancia de clemencia y de luz, para consolarle, anticipándome benigna á su deseo. Dile que me agrada su obsequioso pensamiento, que admito bajo mi protección su apostólico ministerio, y que quiero ser retratada en lienzo como ahora me ves. Observa bien mi actitud; mírame atentamente;" — y al decir esto, inclinándose un tanto, se dejó ver en ademán de sacar con su diestra un alma pecadora de la horrenda garganta del infierno, y de tenerla suspenda de su mano, para que no fuera á precipitarse en él.

Miróla con grandísima atención la religiosa; y de una manera tan exacta y con tal viveza quedaron como estampadas en su imaginación las facciones bellísimas y la actitud de la celestial Señora, que bien pudiera decirse que esta imagen, grabada desde entonces en su fantasía, fué la primera copia que de la Santísima Virgen se formó en tal

actitud, para que con mayor facilidad pudiese instruir al pintor, inspirándole la idea del retrato que debía trasladar á la tela.

Pero, recordando la buena religiosa que el P. Juan Antonio Genovesi le había indicado que deseaba vivamente fuesen representados en la pintura los corazones de los pecadores, como manifestación de que se ofrecían á la Santísima Virgen, á fin de significar que de Ella debía esperarse y á Ella debía atribuirse su conversión; lo participó á la Señora, suplicándola humildemente se dignase indicarle si era de su aprobación esta idea. A lo cual contestó la benignísima Madre de Dios: "*Yo apruebo el designio, y aun quiero, que veas con tus propios ojos de qué manera se debe ejecutar el pensamiento.*" E inmediatamente, un ángel hinca ante Ella con profundo respeto las rodillas, teniendo en sus manos un cestillo lleno de corazones; y presentándose por el lado izquierdo, el divino Jesús, á quien su Madre Purísima tenía en sus virginales brazos, fué tomándolos uno á uno, y con su eficacísima mirada y celestial contacto acalorándolos y encendiéndolos en su amor. "*Anda ahora,* dijo entonces la Reina inmaculada de los ángeles á la religiosa, *y cual me he dejado ver de ti, tal, ni más ni menos, quiero ser retratada, y con tal divisa invocada con el nombre de Madre Santísima de la Luz.*" Y este mandato repitió tres veces, encargándola que no se le olvidase que quería ser conocida bajo el título de "*Madre Santísima de la Luz.*" é indicándole que las

gracias singularísimas con que á menudo manifestaría su celestial protección, serían la más cierta señal que diese testimonio de su voluntad y complacencia.

Desapareció la encantadora visión, y la religiosa favorecida dió cuenta de todo cuanto había acontecido en ella al P. Juan Antonio; el cual, después de haber escuchado con humildad y tierna gratitud con qué palabras tan amorosas y expresivas se había manifestado la voluntad de la Santísima Virgen, se avistó desde luego con un pintor, é informándole con el mayor cuidado y los más minuciosos pormenores acerca del modo, idea, facciones, postura, vestido y circunstancias todas que debían ser estampadas en el cuadro, le encargó se dedicase cuanto antes á hacer de todo ello la más espléndida pintura á que su habilidad y genio artístico alcanzasen. Pero, por muy elocuente que hubiese sido la explicación del piadoso P. Genovesi, no era fácil que se grabasen en la imaginación del pintor las ideas y encantadoras impresiones con que la celestial visión había regalado el alma de la santa religiosa con ella favorecida. Así que, entregado el artista al recuerdo de los informes recibidos y á su propia inspiración, su obra distó mucho de colmar las esperanzas de los que en ella estaban tan interesados. Bien pudo ser que en las imperfecciones é inexactitudes de esta primera pintura hubiese tenido alguna parte la astucia maligna de Satanás, el cual ciertamente no podía ver

impasible aquella nueva forma de tierna solicitud y maternal clemencia con que la piadosísima María quería resucitar á la vida de la gracia á millones de pecadores endurecidos, por medio de aquella preciosa Imagen. Ello es que en esta primera pintura, ó ensayo del artista, notáronse tres faltas de no pequeña entidad: el aumento de una media luna á los purísimos pies de María; la ausencia de aquellos angélicos escuadrones que en su aparición dichosísima rodeaban alegres y obsequiosos á la celestial Señora; y el color rojo con que aparecía el vestido de la Inmaculada Madre de Dios, siendo así que en su aparición se había dejado ver vestida de blanco.

Si la tal pintura no gustó al buen religioso, mucho menos satisfizo á la Santísima Virgen, y así se dignó manifestarlo, dando entonces nuevas pruebas de que quería ser retratada tal como se había aparecido á aquella santa religiosa.

III

Segunda aparición.—María en el estudio del pintor.— La portentosa Imagen.

El convento en que ésta residía, estaba situado á alguna distancia de la ciudad de Palermo en que vivía el pintor; pero esta dificultad era de muy poca importancia, tratándose de un asunto en que se interesaba la purísima Reina de los ángeles; la cual

apareciéndosele un día, le dice: «Y bien! ¿qué haces aquí, peregrina, en un tiempo en que yo necesito de ti en Palermo para un negocio, en que se interesa mi gloria?» — «Yo, Señora, respondió humilde y agradecida la religiosa; yo, que soy vilísima criatura y vuestra inútil esclava, ¿cómo podré ser jamás instrumento de vuestra gloria? Vos á quien sirven de escabel los espíritus más excelsos del paraíso ¿os dignáis fijaros en mí, gusano vilísimo de la tierra, para un asunto en que se empeña vuestro honor? Pues, ¿quién mejor que Vos puede saber los vínculos indisolubles que me tienen como atada é inmóvil, é incapaz de dar un solo paso para partirme á otro lugar?» — «No importa, replicó la Purísima Madre de Dios; de ti he querido valerme para llevar á cabo un asunto del que ha de resultarme mucha gloria; y por esto te quiero de cualquier modo en Palermo, á donde pronto te encaminarás sin detenerte. Será empeño de la divina Providencia disponerlo todo de manera que, ó cesen las dificultades, ó cedan ante fuerza mayor.» Y dicho esto, desapareció.

Poco tiempo después, la religiosa fué de improviso asaltada de un peligrosísimo mal de pecho que apenas le permitía hablar, ni aun respirar; pero el tal accidente revestía un carácter tan particular, que solamente la dejaba hablar de una manera tranquila y perfecta cuando hablaba con su Director. Agotó la ciencia todos sus métodos y medicamentos; entre tantos, ninguno hubo al cual debiese la religiosa el menor alivio; los médicos, tal vez sin darse cuenta de lo que decían, estuvieron todos de

acuerdo, cual si seriamente obedeciesen á indeclinable consigna, en declarar que era preciso que la enferma fuese trasladada á Palermo, cuyor aires, más saludables y templados, podrían serle muy provechosos. Hízose así, y apenas llegó á Palermo la religiosa, sin recurrir á medicina alguna, sanó de sus males como por ensalmo. En la repentina curación de su misteriosa enfermedad comprendió se ocultaba algún designio del cielo; pero no acertaba á conocer cuál fuese.

Acordóse de que en aquella ciudad vivía el pintor, al cual se había encomendado el retrato de la Madre Santísima de la Luz; y desde luego se decidió á visitarle. Pero al contemplar la pintura con tan vivas ansias esperada, «¡Ay!» exclamó, «¡ay! que no es esta la forma en que quiere aparecer la Santísima Virgen! No es esta la figura en que se ha dignado que yo la viese.» — «Tal me parece también á mí, dijo el P. Genovesi allí presente; lo que á vos os dicen ahora los ojos, hace tiempo me lo estaba persuadiendo á mí el corazón, que hasta hoy nunca ha podido darse por satisfecho con esta imagen. . . . Renová, pues, vuestra petición á la Virgen, y preguntadle si le agrada que se haga nuevo retrato ó que se enmiende el que ya está hecho.» — A las nuevas súplicas de su fervorosa devota contestó la celestial Emperatriz, apareciéndosele una mañana después de recibida la sagrada comunión, bella y alegre, más de lo que solía. Prostrada ante sus virginales plantas, díjole entonces la religiosa: «Señora, vuestra esclava, que vino al parecer para cu-

rarse en Palermo, pero en realidad para obedecer vuestras insinuaciones, encuentra que vuestra sagrada Imagen no ha salido como Vos me lo habíais ordenado. Tanto yo, como el religioso por quien os supliqué, estamos afortunadísimos, y no sabemos qué hacer. Decidnos, Reina del cielo, cuál es vuestra voluntad soberana, y favorecednos con vuestros oráculos, para que sepamos si os agrada que vuestra imagen se pinte de nuevo de aquella misma manera que os dignasteis significarme desde un principio.»

—A esta pregunta contestó la Santísima Virgen con tono y ademán entre severo y amable, que se admiraba de que después de tantas pruebas de sumo beneplácito por su parte, todavía se dudase cuál fuese su voluntad en este punto; que dijese de su parte al P. Genovesi que no sólo gustaba, sino que mandaba expresamente se hiciese desde luego otro retrato, en todo semejante á la actitud en que se había dignado aparecerse, y añadió: «Y tú, hija mía, sábede que éste, y no otro, es el asunto de mi honra y gloria para el cual te he dicho era necesario vinieras á Palermo.»

Todo esto comunicó sin tardanza la religiosa al P. Genovesi; y éste le pidió suplicase de nuevo á la Madre Purísima de Dios uniese á su grande dignación la bondad de hallarse presente en el estudio del pintor, á fin de que el nuevo retrato resultase en alguna manera digno de Ella. Largas y fervorosas fueron las súplicas que en este sentido dirigió á la celestial Señora su amante sierva; y una tarde se le aparece un ángel para anunciarle,

como solía hacerlo siempre la víspera en que se le aparecía su amabilísima Reina, que á la mañana siguiente, después que ella hubiese comulgado, vendría la Santísima Virgen á hablarle sobre la pintura de su sagrada Imagen. Así se verificó al otro día: dejóse ver de la religiosa la Reina de los cielos, y después de manifestarle el gusto singularísimo que había recibido de que la pintasen conforme á su primera Aparición y la honrasen con culto especial bajo el título de Madre Santísima de la Luz, le dijo: «Ve al pintor, que ahora está trabajando; allí me encontrarás, pero sola tú me verás; y mientras tú, teniéndome delante de los ojos, vayas haciendo observaciones al pintor, YO GUIARÉ INVISIBLEMENTE EL PINCEL, de modo que, acabada después la obra, conozcan todos por su belleza sobrehumana, que MENTE Y ARTE SUPERIOR CONDUJERON LOS COLORES Y DISPUSIERON LA IDEA DEL BOSQUEJO.»

Obedeció gustosísima la santa religiosa; y llevada á casa del artista, le encontró aplicado á la obra. Según se lo había prometido, allí estaba ya la Inmaculada Reina, haciendo saltar de júbilo tiernísimo el corazón de su sierva, al dejarse ver con la misma arrebatadora belleza en su celestial semblante, el mismo traje, la actitud misma y el mismo océano de resplandores y de luz, con que desde el principio había querido que la pintaran. Con las indicaciones que la religiosa iba haciendo al pintor, tan propias y tan exactas, como que delante de ella tenía el bellísimo y encantador ori-

ginal cuya presencia la sumergía en un océano de embelesadoras delicias; y, sobre todo, con la asistencia eficazísima de la celestial Señora, que INVISIBLEMENTE GUIABA EL PINCEL, no es maravilla que el retrato resultase perfecto, cuanto puede verse con elementos de este mundo, y con ojos de carne. Admirase en él un aire celestial tan vivo, tan grave, tan penetrante y amable, que hasta hoy no ha sido posible sacar de él copia que se le parezca con exactitud. Pintores eminentes lo han intentado; y si pudieron igualarse con el inspirado artista en el dibujo, en el arte, en el concierto, hermosura y suavidad de colores, no han podido imitarle jamás en la sobrenatural belleza é inimitable gracia que parecen rebosar aquel semblante purísimo y las partes todas de esa obra más que humana. «Más que humana,» sí; porque no es sólo obra de hombre; en ella se empleó el pincel, INVISIBLEMENTE DIRIGIDO POR LA MADRE PURÍSIMA DEL MISMO DIOS. El mismo artista que bajo tan sabia dirección pintó este hermosísimo retrato, no ha podido nunca, por más que en muchas ocasiones lo ha intentado, copiar en lienzo alguno aquella jovial, devota y majestuosa afabilidad que brillan en el primero, y tienen el singular privilegio de cautivar dulcemente los ojos y enternecer con amor misterioso el corazón. Tan complacida se mostró de su retrato la Reina Inmaculada de los cielos, que en presencia de la santa religiosa, á quien miró con aspecto gracioso y risueño, alzó su diestra

purísima y, haciendo la señal de la cruz, BENDIJO ESTA PRECIOSA PINTURA, que es, sin duda, obra suya, más que del artista que en su mano sostenía el pincel. «Con esta bendición, creo yo, dice el venturoso P. Juan Antonio Genovesi, QUE SE DIGA NO COMUNICAR A AQUEL SU AMADO RETRATO LA VIRTUD DE LOS CONTINUOS Y ESTUPENDOS MILAGROS, con que después ha querido autenticar la parcialidad especial con que reconoce por obra suya, y obra favorecida; aquella pintura, confiéndole sus veces y la investidura de su celestial beneficencia, bajo el hermoso título de Madre Santísima de la Luz.»

IV.

Oportunidad de la presencia del dragón infernal en la maravillosa Pintura.—*María nos consigue gracia para no morir en pecado, y para no caer en las tinieblas del pecado.*

Censores atrevidos ha habido siempre, y no deja de haberlos todavía hoy, que con increíble facilidad arrojanse á criticarlo todo; y no es en ellos obstáculo su propia pequeñez para que, abocando á su mezquino juicio, cual si fuese altísimo tribunal, todas las causas, fallen temerarios con aire magistral aun sobre asuntos elevadísimos, en que consta haber intervenido con especial complacencia la mano poderosa de Dios nuestro Señor. Tal ha acontecido también con la prodigiosa Imagen

1 «Devotio et obsequia erga Deiparam.»

de la Madre Santísima de la Luz; pues no han faltado algunos que, sin meditarlo sin duda, se atreviesen á decir que debía reformarse esta pintura, borrando la figura del dragón que se ve al lado derecho de la Santísima Virgen. Y dan por razón el que la actitud de la celestial Señora sosteniendo con su mano un alma que toca ya las fauces del infernal dragón, pudiera infundir en el pueblo sencillo el error de que Ella saca las almas de los ya condenados, de los ántros mismos del infierno; y que, por lo mismo, éste no es eterno, y bien puede caber en él el consuelo gratisimo de la esperanza; lo cual sería contrario á la doctrina que enseña la Iglesia: *in inferno nulla est redemptio*.

A eso se contesta que esta actitud de la clemetísima ó Inmaculada Madre de Dios significa la maternal solicitud que con nosotros tantas veces despliega, para que, cuando estamos por desgracia en pecado mortal, no muramos en tan triste situación cayendo en el infierno eterno; ó para que, cuando nos hallamos en gracia de Dios, no caigamos en las tinieblas del pecado. Bien sabido es con qué misericordia acoge siempre á los que sinceramente recurren á Ella. «Exhortamos á todos los que aquí se hallan, dice una de las antiguas Liturgias, ¹ á que invoquen á la Madre de Dios. . . . para que los ayude con Dios, nuestro Padre celestial, y se compadezca de sus criaturas.» — El Beato Al-

¹ Liturgia de los armenios.

berto Magno hacia notar ² que *Maria es el trono de la gracia*, según aquellas palabras del Arcángel San Gabriel: ³ «*Dios te salve, oh llena de gracia!*», y que por eso nos anima el Apóstol, diciéndonos, ⁴ «*Le guémonos*, pues, confiadamente al trono de la gracia, á fin de alcanzar misericordia, y hallar el auxilio de la gracia para ser socorridos en tiempo oportuno.» Libranos, pues, del infierno la celestial Emperatriz, no porque nos saque de él, si á él tuviéramos la inmensa desgracia de ir, sino porque con su poderosa y maternal protección nos aleja de él, haciendo que no muramos en pecado.

Para esto, preciso es que, por mediación suya, resucite á la vida de la gracia el que por su desdicha cayó en la muerte del pecado. Por esta razón la llamamos nuestra vida; «*Madre de la Vida*» dice de Ella que es, Sergio Hierapolita: ⁵ con el nombre de nueva Eva, ó «*Madre de todos los que viven vida de gracia*, la reconocen todos los santos Padres. San Germano la llama «*Verificadora*,» y añade: «*Esta es Aquella por la cual todos renacemos.*» — «*Esta nueva Eva*, dice San Atanasio ⁶ *llámase, y es Madre de la vida*, y está ricamente adornada para proporcionar las primicias de la vida inmortal á todos

¹ Serm. de Dedit. Ecclesie.

² Luc. 1-28.

³ Hebr. IV-16.

⁴ Orat. in ejus Nativitate.

⁵ Gen. III-20.

⁶ De Virgin.

⁷ In Evang. de Sanctissima Deipara.

los que viven.—No menos expresivo Teófanos ¹, llámala «*Madre purísima de la vida*».—Su maternal clemencia no se satisface, hasta que de nuevo encontramos la vida que habíamos perdido. Por eso San Ildefonso ² dice en su elogio, que es la *Reparadora de la vida*, la Puerta del cielo, el Ornamento de las mujeres y la Gloria de todas las vírgenes.—San Pedro Crisólogo ³ ingeniosamente la compara á María Magdalena, *sin cuya intervención no quiso Jesús resucitar á Lázaro*.—«*Pan de vida*» ⁴ la llama Hesiquio; y «*Armario de la vida*,» y «*Tesoro de vida inmarcesible*,» ⁵ Crisipo Jerosolimitano.—Por ella, pues, conseguimos la vida de la gracia y nos libramos de caer en el infierno lo que por el pecado mortal estamos próximos á precipitarnos en él. Tienen, por consiguiente, su razón de ser la actitud clementísima de la celestial Señora y la exhibición del dragón infernal, en la prodigiosa pintura de la Madre Santísima de la Luz.

Brilla también la maternal protección de María en favor nuestro, al conseguimos las gracias que nos son necesarias para no caer en las tinieblas del pecado. Cierto es que la Santísima Virgen no es como causa eficiente la causa propia y principal de nuestra salvación; pues con divina sabiduría dice

1 Himno de la Anunciación.

2 Sermon. I. de Assumptione B. Mariæ Virg.

3 Sermon. 64.

4 Homil. 2 de Sancta Maria Deipara.

5 De Sancta Maria.

el Espíritu Santo: ¹ «Porque Dios ama la misericordia y la verdad: *dará el Señor la gracia y la gloria*.» Pero nuestra Madre tiernísima del cielo coopera de algún modo á nuestra salvación, suplicando, mereciendo, y á su manera cooperando al ministerio inefable de la Encarnación de Cristo nuestro Señor. «*A todos abre María*, dice San Bernardo, ² *el seno amoroso de su misericordia*, para que de su plenitud reciban todos algo, el cautivo la redención, el enfermo la salud, el triste el consuelo, el pecador el perdón, la gracia el justo, la alegría el ángel, toda la Santísima Trinidad la gloria, y finalmente, la Persona del Hijo la sustancia de carne humana, *para que no haya nadie que pueda esconderse de su calor*.»—Así lo proclamaba también su insigne devoto San Germán, al exclamar: ³ *No te causas nunca, Señora, de defendernos; tus beneficios no tienen número. Porque nadie hay que se salve, sino por ti, Virgen Santísima. ¡Nadie hay, á quien se conceda algún don, si no se le concede por ti, oh Virgen honestísima!*—«*Medianera*» la llama también el abad Absalón: ⁴ «Allí, en el cielo, tiene su trono la Reina de los espíritus bienaventurados y *Medianera de los pecadores, que siempre está rogando por nosotros*.»—San Lorenzo Justiniano reconoce ⁵ su gran

1 Ps. LXXXIII-12.

2 Sermon. 98.

3 Sermon. de Coena Domini.

4 Sermon. 41.

5 Sermon. de Annuntiatione.

de misericordia para con nosotros, aplicándola los preciosos epítetos de «*Esperanza de los pecadores, Puerto de los que naufragan, Estrella del mar, Refugio de los que peligran, Fortaleza de los vacilantes, y verdaderísima Medianera entre Dios y los hombres.*»

—Y que en todos nuestros peligros Ella es «*nuestra única esperanza,*» lo dice el Eucologio de los griegos¹; pues bien sabemos, como lo recuerda con religioso entusiasmo otro devoto suyo², que es «*Abogada poderosísima.*»—Grato es en gran manera á nuestro corazón, recordar algo siquiera de lo que sobre su amabilidad y su clemencia dicen los Santos Padres, Teólogos y Doctores místicos. Erico³ asegura que *María consigue que nuestra alma quede purificada de sus pecados*, pues ella sin mancha alguna de culpa apareció como que se purificaba, cuando vivía en este mundo.—Con mucha razón recuerda San Agustín,⁴ que *Ella puede, más que todos los bienaventurados, ayudarnos*, consiguiéndonos gracias.—Por eso exclama con acento piadosísimo San Efrén:⁵ «*Dios te salve, Proficiatorio de los atribulados.*»—Aplicando San Buenaventura á María aquellas palabras dirigidas á Ruth⁶ por Booz: «*Bendita seas del Señor, hija mía, que has sobrepu-*

1 Eucol. graecor. p. 100.

2 Zacarias Cristopolitano, «*Commentar. in Eucangel.*»

3 Homil. de Purificat. Mariae.

4 Serm. 35 de Sanctis.

5 Orat. ad Virgin.

6 Ruth. III-10.

jado tu primera bondad y cordura, con la que manifiestas ahora,» dice:¹ «*Grande fué para con los desgraciados la misericordia de María cuando vivía en este mundo; pero mucho mayor es ahora, reinando en el cielo.*» Por lo cual, atendido el brillo de la primera misericordia, fué hermosa como la Luna; pero, si se tiene en cuenta el esplendor de su misericordia actual, es escogida como el Sol. Porque, así como el Sol supera en brillo á la Luna, así la misericordia actual de María supera á su primera misericordia.

Si consideramos el pecado como *carga*, levántala la Santísima Virgen, que es nube leve y que aligera, según aquellas divinas palabras:² «*He aquí que el Señor ascenderá sobre una nube ligera,*» nube verdaderamente ligera, observa San Ambrosio;³ porque ignoró la carga del matrimonio; ligera porque alivió al mundo de la carga de tantos pecados.—Si le consideramos como *ola agitada*, y como tempestad que por todas partes perturba el alma con ondas de tribulaciones y tentaciones, María es puerto felicísimo, al cual ansiosos nos dirigimos los náufragos, y en el cual permanecemos seguros: «*Tú eres, dice invocándola San Efrén,* ⁴ *la Auxiliadora de los pecadores destituidos de auxilio. Tú el Puerto de los atribulados por la tempestad. Tú el Con-*

1 Spec. Mariae.

2 Isaiae XIX-1.

3 De Institut. Virgin., cap 13.

4 Orat. De Laudib. Sanctissimae Dei Matris.

suelo del mundo.»—Si miramos el pecado como *aire pestilente ó llaga mortal*, la Santísima Virgen es *saludable medicina*. Así la llama San Germán: ¹ «La sagrada Escritura nos enseña² que: «Más vale la buena reputación, que los más preciosos perfumes;» y bien sabemos que el nombre de *María*³ es *más eficaz medicina para el dolor de los pecadores, que los más ricos unguentos*. ¿Eres pecador? Recurre al nombre de *María*; porque su solo nombre basta para curarte. No hay peste tan asoladora, tan incurable, que al solo nombre de *María* no desaparezca.»—Si atendemos á que el pecado es *fuego*, que abrasa el cuerpo y el alma, fuerza es reconocer que *María es celestial rocío que extingue las llamas infernales*, como nota San Germán: ⁴ «Sois divino rocío, que apagáis los ardores que amenazan consumirme.»

Gracias eficacísimas nos consigue, pues, la Imaculada Reina de los ángeles, para que no caigamos en pecado; porque *el pecado*, como nos enseña el Espíritu Santo⁵, es el infierno: «*Arrebate á los tales la muerte, y desciendan vivos al infierno*» palabras que así comenta San Gregorio⁶: «Vivos están los que sienten lo que con ellos se hace; porque los muertos ni saben, ni sienten. Consideráanse, pues,

1 Serm. in festo Praesentat.

2 Ecl. VII-2

3 Ricardo de San Lorenzo, lib. I de Laudib. Virgín, cap. 2.

4 Serm. in festo Praesentationis.

5 Ps. LIV-16

6 Lib. 18 Moral, cap. 6.

muertos los que no sienten ni saben, vivos los que saben y sienten. Así que, **BAJAR VIVOS AL INFIERNO, ES PECAR SABIENDOLO Y SINTIENDOLO.**—Hablando San Bernardo¹ de la resurrección de Lázaro, dice: «A esta resurrección se refería de un modo manifiesto el Profeta², al decir: Porque yo sé que no has de abandonar tú, oh Señor, mi alma en el infierno; porque **INFIERNO, Y CARCEL DEL ALMA ES UNA CONCIENCIA CAUTIVA DEL PECADO.**»—Dos infiernos distingue Tomás Angliano³: el superior, que es «la perpetración del pecado,» y el inferior, que es el lugar de eterna desesperación.—Y no menos explícito San Ambrosio⁴, decía: «*El alma que peca, muere*; porque desatada de los verdaderos vinculos de la virtud, desciendo fácilmente al precipicio, **RESBALANDO HASTA EL INFIERNO.**»

En perfecta consonancia con estos Santos Padres, así se expresa San Pedro Damiano⁵: «*Un alma reprobada* conviértese en confusión del infierno; y un alma santa, limpia y perfecta, es remedo del paraíso. Porque un espíritu odioso, mal apasionado, entregado por completo á los cuidados del siglo y abrasado con el fuego de la sensualidad, *no te parece UN INFIERNO, en que habita el demonio y no*

1 Serm. IV. De Assumptione B. Mariae Virg.

2 Ps. XV-10.

3 In Ps. XXIX.

4 Lib. de Isaac.

5 Lib. II. epist. 5.

cesa de abrasar el fuego de la concupiscencia?»—Constantemente asistida é inspirada por el Espíritu Santo la Iglesia católica nuestra Madre, no vacila en cantar, como poseída de tiernísimo entusiasmo y entrañable gratitud, este verso tan expresivo, que parece resumir con admirable elocuencia los inenarrables esfuerzos hechos por nuestro divino Jesús, para salvar al hombre ¹: «Bienaventurada tú, oh Cruz, de cuyos brazos estuvo pendiente el precio del mundo; tú fuiste la balanza en que ha sido pesado aquel cuerpo purísimo de Jesús, precio de nuestro rescate, QUE ARRANCÓ SU PRESA AL INFIERNO.» Y ¿cómo pudiera arrancar al infierno su presa, sino librándola de caer en él? Muy en su lugar está, pues, la pintura del infernal dragón *en actitud de tragarse la presa*, en ese cuadro bellissimo y prodigioso de la Madre Santísima de la Luz. Abonan perfectamente su oportunidad consideraciones místicas y teológicas, que pudiéramos todavía multiplicar.

1 Himno «*Vexilla Regis*,» que canta la Iglesia en las Vísperas de la Dominica de Pasión:

Beata, cujus brachis
Pretium pependit saeculi,
Statera facta corporis,
Tulitque praedam tartari.

El P. Juan Antonio Genovesi.

De aquella santa religiosa, á la cual tantas veces y con tan sobrenatural esplendidez se dignó aparecerse la Inmaculada Madre de Dios, nada más sabemos que lo que dejamos anotado en los párrafos anteriores. Abismada en su profunda humildad, motivos suficientes hay para creer que bajo la dirección suavísima de tan buena y celestial Maestra habrá conseguido admirables progresos en el arte de la santidad, oculta y como sepultada con Cristo ² en todo el resto de su vida; que es seguro indicio de elevada perfección.

Del venturoso P. Juan Antonio Genovesi, sabemos felizmente algo más. Nació en Palazzo Adriano, de la isla de Sicilia, el 4 de Mayo de 1684, y fué admitido en el Noviciado de la Compañía de Jesús el 2 de Marzo de 1703. Después de enseñar Humanidades, recorrió muchas diócesis de Sicilia como misionero apostólico durante veinte años, logrando incalculables conquistas espirituales en fuerza de su ardoroso celo y con la protección de la Santísima Virgen, bajo cuyo amparo amorosísimo había puesto sus misiones y los incesantes trabajos de su sagrado ministerio. Era hombre de sólidas y heroicas virtudes, de piedad tiernísima y

1 Rom. VI-4.

de admirable penitencia. Muchas veces, mientras celebraba el santo sacrificio de la Misa, se le veía inflamado el rostro como un serafín y temblando todo el cuerpo, como poseído de altísimo respeto hacia la soberana majestad de Dios. La fuerza del divino amor que entonces le abrasaba, manifestábase, bien á su pesar, en suspiros dulcísimos que casi á cada palabra se escapaban de sus labios.

Tantas y tales virtudes, unidas á su apostólico celo, movieron á los superiores á nombrarle Maestro de novicios y Rector del Colegio de Messina, cuyos delicados empleos desempeñó hasta su muerte. La peste que años después se desarrolló en esta ciudad causando numerosas víctimas, puso bien de relieve la caridad del P. Juan Antonio y el espíritu de abnegación que había sabido arraigar en el alma de sus novicios. Todos éstos, así como los demás religiosos que habitaban el colegio, en vista de los estragos que producía el contagio, lanzáronse desde luego á las calles y á los hospitales, ansiosos de consolar y cuidar á los apestados; su propio colegio le transformaron en hospital, cayendo poco á poco enfermos casi todos ellos al lado de los dolientes, por cuya salud corporal y eterna se sacrificaban con tan cristiana generosidad. A todos ellos prodigaba sus cuidados el fervoroso P. Genovesi con ternura y solicitud de madre: él era el cocinero de la casa y uno de los pocos enfermeros que iban quedando; pero era, sobre todo, el que á todos ellos consolaba y dirigía con oportu-

nas y cariñosas reflexiones por el camino del cielo. Sólo á cinco de aquella numerosa comunidad perdonó la muerte; los demás fallecieron en los brazos del celoso P. Genovesi, que á su vez, victima generosa de su ardiente caridad, exhaló su bendita alma en medio de dulcísimos consuelos, el 6 de Julio de 1743.

Pero ¿en qué época de su vida acontecieron aquellas felicísimas apariciones de la Inmaculada Madre de Dios, á que antes nos referíamos? ¿Cuándo se verificó la maravillosa pintura de esta encantadora Imagen de la Madre Santísima de la Luz? En 1712 tenía sólo el P. Genovesi 28 años de edad y 9 de religión en la Compañía; los cuales, dada la antigua costumbre que en este Instituto se sigue, no habrían bastado para que terminase sus estudios y adquiriese la madurez y la práctica, que en él invariablemente se exigen para iniciarse en las delicadísimas tareas de misionero; mucho menos, cuando á esa edad de 28 años no habría recibido todavía las sagradas Ordenes, pues en la Compañía de Jesús es práctica constante y muy antigua que nadie ó casi nadie sea promovido al Presbiterado, sino después de haber cumplido los 30 años de edad. No parece, pues, verosímil que el P. Genovesi desempeñase ya el cargo de misionero en 1712, cuando sólo contaba todavía 28 años de edad, ni que desde ese año se hubiese propagado la de-

voción á la Madre Santísima de la Luz, como afirma el apreciable autor del *Año Santificado*. Preferible parece la opinión del ilustre escritor del *Año Cristiano Mexicano*, que cree haber sido pintado el maravilloso Retrato de la Madre Santísima de la Luz el año de 1722, cuando el P. Genovesi contaba ya 38 años de edad y 19 de Compañía. Y, aun suponiendo esto, preciso es recordar que la primera obra que sobre esta preciosísima y venerable imagen ha sido escrita, no fué impresa hasta el año de 1733, como más arriba indicamos.

CAPÍTULO II.

EL AMABLE TÍTULO

DE

MADRE SANTÍSIMA DE LA LUZ.

I.

Fundamentos del título de "Madre Santísima de la Luz."—Es Madre de la "Luz increada," de la verdadera "Alegria," de la "Vida" por excelencia.

Consignadas en los anteriores párrafos algunas noticias históricas relativas al origen de la portentosa imagen de la Madre Santísima de la Luz, réstanos todavía apuntar breves y humildísimas reflexiones respecto á la providencial analogía que se descubre en este título de la Madre Santísima de la Luz, y algunas de las excelencias y singulárrimos privilegios de la Inmaculada Madre de Dios. El título de *Madre Santísima de la Luz* que á la Inmaculada Madre de Dios se le reconoce en esta milagrosa Imagen, es el más glorioso que se le puede dar; puesto que equivale á llamarla, como

lo es, *Madre del mismo Dios*. Esta es una verdad de fe, como consta de tantas páginas de las sagradas Escrituras, en que se da á Dios nuestro Señor, y en especial al divino Verbo, el calificativo de *Luz*. Esto rezamos en el Prefacio de la Misa en honor de la celestial Señora, cuando decimos: *«La cual, después de haber concebido por inefable operación del Espíritu Santo á Vuestro único Hijo, conservando siempre intacta su original pureza, dió á luz al que es la LUZ ETERNA, Jesucristo Nuestro Señor.»*—De este divino Verbo decía el evangelista San Juan,¹ que *«era LA LUZ VERDADERA, que, cuanto es de sí, alumbrá á todo hombre que viene á este mundo.»* En cuanto Dios, es luz formal increada; en cuanto hombre, es luz creada, porque está lleno de sabiduría, de gracia y de gloria: es también luz causal, porque es causa de toda la sabiduría, gracia y gloria nuestra. Al iluminar á todo hombre que viene á este mundo, no le comunica tan sólo la luz natural de la razón,² sino también la luz sobrenatural de la fe y de la sabiduría. Por eso el Espíritu Santo le llama por el profeta⁴ Malaquías *«SOL DE JUSTICIA, debajo de cuyas alas ó rayos está la salvación.»* No es de admirar que al estrecharle dulcemente enajenado entre

1 Quae et Unigenitum tuum Sancti Spiritus obumbratione concepti, et virginis gloria permanente, LUMEN AETERNUM mundo effudit, Iesum Christum Dominum nostrum.

2 Joann. I—9.

3 San Cirilo y Origenes.

4 Malach. IV—2.

sus brazos, dijese de Él el santo anciano Simeón que era *LUZ BRILLANTE* que iluminaría á los gentiles, y gloria del pueblo de Israel. A Él se dirigía el Eterno Padre, cuando le decía por el profeta Isaías:³ *«He aquí que yo te he destinado para ser LUZ DE LAS NACIONES, á fin de que seas la salud ó el Salvador enviado por mí hasta los últimos términos de la tierra.»*—El mismo Jesús decía de sí:² *«Yo soy la LUZ DEL MUNDO: el que me sigue, no camina á oscuras, sino que tendrá la luz de la vida.»*—Y de esta luz de vida habla San Agustín, cuando dice:⁴ *«Por eso vino Cristo á iluminarnos, porque el diablo había venido á cegarnos. Hizo el médico supremo un colirio de precio infinito, para dar la luz á los ojos ciegos. Mira qué saludable colirio, del Verbo y de carne. El Verbo, dice el Evangelista, se hizo carne. . . . Y de tal manera se reanimaron los ojos del hombre, y tal luz adquirieron, que ya pueden compararse con los ojos de los ángeles y contemplar la gloria celestial del mismo Dios.»*

El divino Jesús es *«LUZ VERDADERA»* porque el Verbo increado es la primera luz, la luz por esencia. El Bautista y todos los demás santos fueron tan solo luz *«por participación»* porque todos reciben prestada de Jesús la luz de la fe y de la gracia, como la luna y los demás planetas reciben la

1 Luc. II—32.

2 Isaías, XLIX—6.

3 Joann. VIII—12.

4 Homil., 43, inter. 50.

suya del Sol. Sólo Cristo nuestro Señor merece propiamente el nombre de «Luz» así como sólo á Dios corresponde con toda propiedad el nombre de «*fe-hocia*» ó sea «*el que es*» porque sólo Él es el ser verdadero, esencial, eterno é inmenso; los demás seres reciben de Dios nuestro Señor alguna particilla, tan solo, de entidad.

Así, pues, con muchísima razón la Inmaculada Virgen María es llamada Madre Santísima de la Luz, porque es en realidad Madre de la Luz eterna é increada, Cristo nuestro Señor. Por otras varias razones le conviene, además, este título. La luz es símbolo de alegría, como leemos en el sagrado libro de Ester: «*Entrelanto, Mardoqueo, saliendo del palacio y de la audiencia del Rey, iba rozagante, vestido á la manera del Rey, esto es, de color de jacinto y de azul celeste, llevando en la cabeza un corona de oro, y cubierto de un manto de seda y de púrpura. Y toda la ciudad hizo fiestas y regocijos. A los judíos les pareció que les nació UNA NUEVA LUZ, POR EL GOZO, la honra y holganza que les venia.*»—En este sentido, decía el santo Job: «*Mas ¡ay! huyéronse mis días felices: disipáronse como humo todos mis designios, dejando en tormento mi corazón. Ellos han convertido para mí la noche en día; y después de las tinieblas espero ya de nuevo con ansia QUE VENGA LA LUZ.*»—Análogos eran las quejas del Profeta de las Lamenta-

1 Esth. VIII.—15 y 16.

2 Job, XVII.—11 y 12.

ciones, cuando exclamaba: «*Entre tinieblas ó aflicciones me ha hecho andar, y NO EN EL RESPLANDOR DE LA LUZ.*»

Pues, aun en este sentido, la Santísima Virgen es para nosotros Madre de la Luz, es decir, de la verdadera «*alegría*» San Andrés de Creta² la llama «*Madre del inmenso gozo*»; San Germán, poseído de tierna devoción, exclamaba: «*Oh Señora mía, sola tú eres para mí, después de Dios, el consuelo de mi alma, la oblación de mis lágrimas, la cesación de mis gemidos, mi restauración después de las calamidades, la revelación de mis dolores.*»—«*Cansa de nuestra alegrías*» la llama en la Letanía Lauretana la santa Iglesia.—«*Vaso y receptáculo de alegría celestial*», la proclama³ San Gregorio⁴ de Neocésarea.—Crisipo⁵ la excita á alegrarse; porque «*en ti está, dice, todo el tesoro de la alegría, el Rey de toda la alegría y de toda la gracia.*»—El abad Ruperto,⁶ dirigiéndose á Ella con su acostumbrada devoción, la dice: «*Oh bienaventurada María, inundación de gozo, eficacia de amor, torrente de delicias.*»—No podía menos de armonizar con estos santos Padres el fervoroso San Efrén,⁷ el cual dice entre multi-

1 Thren. III.—2.

2 Sermon. in Salut. Angel.

3 Encom. Deiparae.

4 Sermon. II in Annuntiat.

5 De Laudibus Virgin.

6 Lib. I, ip Cant.

7 Orat. de laudib. SS. Dei Matris.

tud de tiernísimos elogios á la Inmaculada Virgen de Nazaret: «*Dios te salve, Cántico de los querubines é Himno de los ángeles; Dios te salve, ALEGRÍA DEL GÉNERO HUMANO.*»

La luz es símbolo de vida; pues el evangelista San Juan dice,¹ hablando del divino Verbo: «*En Él estaba la vida, y la vida era la luz de los hombres,*» queriendo significar, como dice el Cardenal Toledo, que para conseguir la vida es necesaria la luz, con que el Verbo eterno ilumine nuestros corazones. Por eso decía Cristo nuestro Señor:² «*El que me sigue no camina á oscuras, sino que tendrá LA LUZ DE LA VIDA;*» y de una manera todavía más explícita se explica en aquella afectuosa oración que dirige á su eterno Padre:³ «*Y la VIDA ETERNA consiste EN CONOCERTE Á TI, solo Dios verdadero, y á Jesucristo á quien tú enviaste,*» como si dijese: «*Yo no soy vida, sino para aquellos á quienes soy luz.*» Por eso decía tan sabiamente del divino Jesús aquel admirable teólogo, San Gregorio Naciagceno:⁴ «*Porque era LUZ, era VIDA.*»

Ahora bien; María es *Madre Santísima de la Luz*, porque es Madre de la Vida por excelencia, Cristo nuestro Señor. Además, Cristo por Ella nos da la verdadera vida, como decíamos en el §IV del capi-

1 Ioann, I—4.

2 Ioann, VIII—12.

3 Ioann, XVII—3.

4 Orat. 4. Theolog.

tulo I. «*Árbol de vida,*» la llama San Efrén¹ con estas palabras: «Este árbol da frutos de vida, que son Cristo y otros varios dones.»—Meditando Guillermo aquellas palabras del sagrado libro de los Cantares:² «*Tus renuevos, ó plantas de ese huerto, forman un vergel delicioso de granados, con frutos dulces como de manzanos; son cipros con navdos. . . .*» dice: «El único fruto de María es aquel que por la eficacia de la salvación mereció el nombre de Jesús; pero en El sólo ocúltanse muchos frutos. En sólo el Salvador de todos, Jesús, María salvó á muchos: dando á luz á la Vida, DIÓ LA VIDA á otros muchos.»—«Esta es, decía San Gregorio de Neocesarea,³ el paraiso florido siempre de la inmortalidad, en el cual está plantado el árbol de la vida, que á todos da frutos de vida inmortal. De aquí brotan para nosotros fuentes de inmortalidad y de sabiduría.»—María es el río de la vida, que brotando del paraiso, regaba toda la tierra.—«Fuente de inmortalidad,» la llama Sergio⁴ Hierapolita.—San Metodio⁵ la compara á la Cisterna de Belén, cuyas aguas con tantas ansias deseaba David, como si hubiesen de ser «restauración de su vida.»

En una palabra, María, la Madre Santísima de

1 De Laudib. SS. Dei Genitricis.

2 Cant. IV—13.

3 Serm. II in Annunt. B. Mariæ V.

4 Orat. in Nativit. B. Mariæ.

5 Homil. II. de Sancta Maria Deipara

la Luz, es para nosotros, después de Dios, *todo bien*.—«*Bien del género humano*» la llama San Gregorio Nacianceno¹; «*Benignidad increíble*» San Andrés Cretense²; y «*Fuente y Río de Benignidad*» San Basilio³ de Seleucia.—El Sabio Idiota nos dice⁴: «*Acércate por medio de la devota contemplación de tu entendimiento á la gloriosísima Virgen María, Madre de Dios; porque con Ella, y en Ella, por Ella y de Ella tiene y tendrá el mundo TODO BIEN.*»—Ella concede al mundo el fruto de *todas las virtudes*⁵; Ella es «*flor purísima*»⁶ sin espinas,» que exhala en favor nuestro el aroma de todas las virtudes y el precio de todos los sacrificios.

Con razón, pues, se llama la Inmaculada Virgen María, Madre de la verdadera vida y de todo bien, MADRE SANTÍSIMA DE LA LUZ.

1 Orat. de Christo paciente.

2 Orat. de Annuntiat.

3 De Annuntiat. B. Marie.

4 Lib. de Virgine Maria.—*Prólogo*.

5 Sofronio, Serm. de Assumpt.

6 Victorino, in Prosa de Assumpt.

Salve, Verbi sacra Parens,
Flos de spinis, spina carens,
Flos spinetú gloria.
Nos, spinetum, nos peccati
Spina sumus cruentanti;
Sed tu spinæ nescia.

II

María es "Aurora," es "Luz," es "Sol."

«*Aurora*» llama á María el abad Ruperto; porque así como la aurora es todos los días fin de la noche precedente y principio del siguiente día; así esta inmaculada Virgen fué para nosotros fin de todos los verdaderos dolores y principio de todo consuelo. La aurora, dice Spinelli, no sólo es fin de la noche y principio del día¹, sino que anuncia la presencia del sol, pone en huida las aves nocturnas, invita á cantar á las del día, adelanta siempre en esplendor, y al mismo tiempo cae el blando rocío con que se refrescan los sembrados y se fecundiza la tierra. Así brilló la Santísima Virgen, como exterminio de las eternas tinieblas, cuando yacía su mido el mundo en las tinieblas de la ignorancia y del pecado; no sólo precursora, sino Madre del divino Sol de Justicia, arrojó como aves inmundas de las tinieblas á los demonios; á los siervos de Dios y á los mismos ángeles, como aves del día que vuelan hacia las celestes alturas, alienta ó invita á cantar las divinas alabanzas, mucho mejor que los tres jóvenes maravillosamente ileso entre las devoradoras llamas del horno de Babilonia, invitaban á bendecir al Señor á todas las criatu-

1 *De Deipara*, cap. XXIV, núm. 28.